

papel en las esquinas, que decia simplemente: "El que robe, será fusilado." Agregáronse á los cuerpos del ejército los soldados de la guarnicion de Puebla, que pasaban de 3,000, y se dejó en libertad á los que lo solicitaron; dióse orden para que los generales, jefes y oficiales se presentaran en el convento del Carmen al general Pavon; y se dictaron todas las medidas que la situacion reclamaba.

Asegurada la tranquilidad pública en Puebla, Comonfort dirijió la palabra el 24 á sus habitantes. Recordóles todo lo que habia hecho para evitar los horrores de la pasada lucha, las muchas veces que habia brindado con la paz á los partidarios de la revolucion, los esfuerzos que habia empleado para disminuirles tantos padecimientos. En medio de esto, el noble caudillo exhalaba en sentidas frases el dolor de que estaba penetrado su corazon, á la vista de aquellos estragos. Lloró enternecido sobre ellos, y maldijo indignado la guerra civil; y al recordar el triunfo con que el cielo habia coronado sus afanes, acabó con estas sencillas palabras, dignas de un héroe cristiano: "¡Demos gracias á la Divina Providencia!"¹⁰

Los habitantes de Puebla bendecian con todo su corazon aquella paz que tanto necesitaban; pero la

¹⁰ Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVIII.

capitulacion no causó el mismo efecto en el resto de la República, entre los que deseaban que se impusiera á los rebeldes un ejemplar castigo. En el mismo artículo 4.^o donde Comonfort se habia reservado el derecho de imponérsele, creyeron ver muchos una impunidad que dejaba en pié los gérmenes de la rebelion, puesto que al parecer se reconocian los empleos á los generales, jefes y oficiales de la faccion vencida. Empezaron, pues, las murmuraciones, y dijeron públicamente los descontentos, que aquello habia sido una de tantas transacciones vergonzosas, que no sirviendo mas que para poner término á un conflicto, los han preparado mayores para despues, haciendo interminables en México las guerras civiles.

Pronto tuvieron que callar los que murmuraban, porque Comonfort probó que era tan justiciero como clemente, cuando la salud de la patria lo exijia. El 25 de Marzo espidió un decreto, determinando la manera como habian de quedar en el ejército los generales, jefes y oficiales capitulados. Aquella determinacion era un tremendo castigo: los generales, jefes y oficiales de la revolucion, quedaban de soldados rasos en el ejército. Seguramente no habian imaginado mayor pena los que mas clamaban porque se hiciera un escarmiento en los facciosos.¹¹

¹¹ Véase el decreto en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIX.

HISTORIA

No faltó quien sospechara que el presidente había tomado aquella resolución á consecuencia de las murmuraciones que la capitulacion habia suscitado, suponiendo que no habia pensado en ello al concederla, y que despues, recapacitando en los términos del art. 4.º se habia valido de ellos para dejar ámpliamente satisfecha la opinion de los murmuradores. La verdad es, que Comonfort siempre tuvo intencion de castigar severamente á los pronunciados, y que si el 22 de Marzo no le habia ocurrido aún la pena contenida en su decreto del 25, seguramente pensaba en decretar alguna, y en no reconocer, sobre todo, grados ni empleos, cuando rechazó las proposiciones que hicieron los comisionados de la plaza. Despues, aunque seguro del derecho que tenia para dictar aquella resolución, reunió á los generales de su ejército, á varios diputados y personas notables, para que le dijeran su parecer sobre el particular; y todos opinaron que estaba en sus atribuciones, y que la capitulacion le autorizaba para imponer aquella pena á los vencidos. Los amigos de la revolucion se lo llevaron á mal; pero es preciso decir que no eran jueces imparciales: si hubiera dejado con sus grados y empleos á los jefes y oficiales rebeldes, tampoco se lo habrian agradecido, porque los partidos nunca agradecen nada, aunque se compongan de hombres capaces de agradecer.

El 26 de Marzo, á la una del dia, hizo Comonfort

su entrada triunfal en Puebla, á la cabeza de su ejército vencedor; pero los aplausos de que fué objeto en aquella ocasion solemne, no pudieron disipar la nube de tristeza que derramaba en su semblante la presencia de los estragos de la lucha. Sencillamente vestido de negro, sin ningun distintivo que revelara su dignidad, y sufriendo mas bien que gozando con aquella ovacion tan merecida, atravesó las principales calles de la ciudad, respondiendo con modestos ademanes y con una sonrisa melancólica á las aclamaciones de la multitud que le victoreaba, y se dirigió á la iglesia Catedral á dar gracias á Dios por el triunfo que sus armas habian alcanzado. Despues, al recibir las entusiastas felicitaciones que por su victoria se le dirijieron, repitió mas de una vez estas palabras, señalando á los edificios medio derribados: "Con lágrimas debian celebrarse los triunfos adquiridos á tanta costa!"

En un banquete con que fué obsequiado aquel dia, la ciudad de Puebla quiso ceñir sus sienes con una corona de laurel; pero diciendo que tales distinciones solo eran debidas á los que lidiaban contra enemigos extranjeros, ó perecian por la libertad de su patria, mandó que aquel símbolo de gloria se colocara en el sepulcro del general Avalos, encargando á Portilla que practicara aquella ceremonia con asistencia de todos los jefes y oficiales de caballería. En el mismo banquete

El 26 de Marzo, á la una del dia, hizo Comonfort

leyó un poeta¹² una composición en alabanza del coronel Don Manuel Aljobin, que había sido herido en la batalla de Ocotlan, y no había muerto todavía. El poeta pedía en sus versos gracia para el herido, y apoyaron la petición muchas personas de las que estaban presentes, recordando el valor y las virtudes del joven coronel. Comonfort se conmovió con aquellos vivos y palpitantes recuerdos de la lucha; y adelantándose con mucho á los deseos de los que imploraban su clemencia, digno como siempre de su fortuna y de su gloria, respondió con solemne acento: "Señores, los heridos no me pertenecen aún; los protege Dios; quedan todos perdonados." Así honraba Comonfort el valor desgraciado de sus enemigos, y de este modo celebraba sus triunfos, sin que la embriaguez de la victoria le desvaneciese un instante, ni menoscabara un punto el dominio que tenían en su corazón los sentimientos humanos y generosos.

Don Antonio Haro y otros caudillos de la revolución se habían ocultado el mismo día que la capitulación se celebraba. Lo mismo hicieron después otros muchos jefes y oficiales, que no se presentaron al gobierno, no obstante la amenaza de aplicarles la ley de

¹² Don Emilio Rey, comandante de escuadrón y ayudante del general Parrodi, quien le recomendó especialmente por su buen comportamiento en la campaña.

¹³ Se les conmutó esta pena por un decreto posterior que puede verse en el Apéndice, bajo el Núm. XI.

conspiradores, espedita por Santa-Anna; aun después de presentados se ocultaron muchos: pero con todo, pasaron de trescientos los que fueron conducidos á Izúcar de Matamoros, á las órdenes del general Pavon, para que sufrieran la pena á que los había condenado el presidente.¹³ Despedidos los cabos y sargentos, é incorporados en el ejército, ó también con licencia absoluta los soldados, estaba concluida la misión de las tropas leales, y el presidente dispuso que regresaran á la capital de la República. Hé aquí las palabras con que las despidió:

"Compañeros de armas: Nuestra grande obra queda consumada. La confianza que me inspiraban la justicia de la causa que defendíamos, vuestro valor y vuestra lealtad, ha sido coronada con un éxito brillante.

"Os habeis hecho dignos del reconocimiento de la nación, y yo á su nombre os doy las gracias.

"Volved con vuestras banderas victoriosas á la capital de la República; y tan subordinados, tan valientes, tan generosos como habeis sido en esta campaña, llevad á vuestros conciudadanos la paz

¹³ Se les conmutó esta pena por un decreto posterior que puede verse en el Apéndice, bajo el Núm. XI.

HISTORIA

324

“ que venísteis á conquistar y el juramento de sostenerla.”

“ Contento de vosotros, porque todos y cada uno me habeis dado repetidas pruebas de adhesion y de respeto al supremo gobierno, no olvidaré nunca la dicha de haber sido vuestro general en jefe.”

Partió el ejército, y Comonfort se quedó algunos dias en Puebla, dictando las providencias necesarias para dejar completamente restablecido y asegurado en la ciudad el orden público. Hecho esto, salió de allí el 31 de Marzo, sin aparato ni pompa alguna, con ánimo de volver sencillamente á las tareas del gobierno, como si nada extraordinario hubiera hecho durante aquella ausencia.

Pero ya entonces no le fué posible sustraerse á las manifestaciones del entusiasmo público. Hasta entonces habia podido evitar que se hicieran públicos regocijos por los plausibles pero sangrientos triunfos que las armas del gobierno alcanzaban: pero terminada en un mes la campaña de Puebla, destruida con tanta fortuna y tanta gloria una revolucion que habia inspirado tan serios temores, y restablecida completamente la paz por que tanto habia suspirado la República, no pudo ya oponerse á que se celebraran tan faustos acontecimientos, ni privar á los va-

lientes que le habian ayudado á realizarlos, de las ovaciones que la gratitud nacional les preparaba. El congreso le habia decretado un voto de gracias; el ayuntamiento de la capital habia hecho lo mismo; era general el empeño de tributarle los honores del triunfo; y se habian hecho grandes preparativos para la gran *Fiesta de la Paz* que debia celebrarse con la entrada del caudillo vencedor. Dando un nombre tan hermoso á aquellas solemnidades, el cuerpo municipal venció todas las resistencias del presidente.

El 2 de Abril llegó éste á Tacubaya. Era precisamente el dia en que se celebraban en la Catedral y demas templos de México, unas solemnes exequias por las victimas de la campaña de Puebla. Tan piadoso como esforzado, habia querido que se honrara la memoria de los muertos en la guerra, antes que se hicieran honores á los vivos que volvian de ella victoriosos.

El dia 3 de Abril entró Comonfort triunfante en la capital de la República, enmedio del repique de las campanas, de las salvas de artillería, de los aplausos de la multitud y de un júbilo general. Rayó en delirio el entusiasmo de aquel recibimiento. El pueblo se agolpaba en las calles del tránsito; saludaba con ardientes aclamaciones al venturoso caudillo, y regaba de flores y coronas el camino por donde pasaba. Las

autoridades y corporaciones de la ciudad, los establecimientos de educacion y de beneficencia, los ciudadanos de todas las condiciones y de todas las clases, le dieron los mas vivos testimonios del respeto, de la admiracion y de la gratitud que sus hechos habian inspirado. Todos le llamaban vencedor de la tiranía, libertador del pueblo, salvador de la patria, y todos agotaron las mas lisonjeras frases del idioma para darle la enhorabuena por sus recientes triunfos.¹⁴ La poesía y la música le consagraron himnos; las artes reprodujeron su retrato; su nombre fué invocado como un símbolo de ventura, de gloria y de esperanza. Fueron en fin tan estremadas las demostraciones de entusiasmo con que sus compatriotas le recibieron, que pudo temerse que tanta aura popular le desvaneciera. Tales honores no pueden pasar sin hacer profunda mella en el corazon de quien los recibe: ó le pervierten con la vanidad, ó le enaltecen con la noble ambicion de merecerlos. Afortunadamente este segundo efecto es el que produjeron en el alma de Comonfort aquellas estrepitosas ovaciones. El sabe bien, que “el que ha llegado á la cumbre del poder, solo humillándose puede engrandecerse;”¹⁵ y ha conservado su

¹⁴ Véanse los discursos de felicitacion, y las respuestas del general, en el *Apéndice*, bajo el Núm. XLI.

¹⁵ SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*.

amable familiaridad, su antigua sencillez y su natural modestia, en esa region de lisonjas y de vanidades, donde tantos otros suelen perder aquellas virtudes.

Tres dias duraron las fiestas. Su descripcion seria pálida junto al vivo recuerdo de los que casi acaban de presenciarlas.

El mismo dia de su entrada en la capital, Comonfort dirigió la palabra á su ejército para darle de nuevo las gracias por lo que habia hecho bajo sus órdenes:

“Soldados del ejército y de la guardia nacional:
“Estais en la capital de la República, despues de la
“gloriosa campaña sobre Puebla. Habeis sido valientes y merecido bien de la patria. A nombre de ella
“os da las gracias el presidente de la República, y os
“saluda lleno de orgullo vuestro general en jefe.”

El vencedor tuvo tambien palabras de congratulacion que decir, y consejos paternales que dar á sus compatriotas:

“Mexicanos: vuelvo á esta hermosa capital con la
“dulce satisfaccion de haber afianzado la paz y vendido á los enemigos de las libertades públicas. Si
“se ha derramado sangre, á nadie he hecho percer
“en un patíbulo. Si he sido severo, es porque así lo
“exigian la justicia y la salud de la nacion.”

“Conciudadanos: aprovechaos de los beneficios de la Divina Providencia, que vela sobre nosotros para que podamos constituirnos. Odio eterno á la guerra civil; y que el respeto y obediencia á la ley, sean en lo sucesivo nuestra única divisa.

“Mexicanos: ¡Viva la República!

“¡Viva la Independencia!”

El triunfo del gobierno en Puebla, hizo caer las armas de la mano á las pequeñas partidas que se habían levantado en diferentes puntos de la República: de manera que pocos dias despues de los acontecimientos

que se han referido, no habia ya en todo el país ni un estandarte rebelde, ni un faccioso armado: al cabo de veintiocho meses de continua guerra civil, México estaba en paz.

Hemos concluido nuestra relacion.

En cada una de las fases del período que hemos recorrido, se ha podido ver comprobada la observacion que hicimos al empezar: la exageracion política es causa de las revoluciones y de las desgracias de los pueblos. La exageracion de un principio hizo de Santa-Anna un tirano, y produjo la revolucion de Ayutla: la exageracion de otro hizo temible aquella revolucion, y retardó su triunfo: nuevas exageraciones vinieron á desconceptuarla en los dias de su costosísima victo-

ria, y trajeron en pos de sí una reaccion formidable. ¡Cuánta sangre ha costado y cuántas lágrimas, salvar en todos estos casos la causa de la libertad y del orden, la causa de la justicia, la verdadera causa del pueblo! Y sin embargo, aún gemiria hoy la República agobiada bajo el peso del despotismo, ó agonizante entre las garras de la anarquía, si el hombre de Acapulco y de Puebla no hubiera sacado á su patria de tantos peligros, ora blandiendo su espada en los combates, ora poniendo en la balanza de la opinion el prestigio de su nombre y el peso de su prudencia.

Si México necesitaba un hombre; si se quejaba con razon de que en el seno de sus revoluciones, tan fecundas en calamidades, no se hubiese formado nunca un genio capaz de someter las pasiones políticas al poder de su inteligencia, ó de encadenarlas á su carro de triunfo, ya parece que el cielo ha querido satisfacer esta necesidad y acallar esta queja. Con la ayuda de los buenos ciudadanos, Comonfort libertó á su país de la tiranía unitaria: si cuenta con el mismo apoyo, puede hacer más todavía; puede preservarla de la tiranía de las facciones. Y si algo han de valer las lecciones de la historia, este auxilio no le podrá faltar, porque todos los ciudadanos que de buena fé profesen una opinion, pertenezcan á un partido ó militen bajo una bandera; todos los que sencilla y noblemente encami-

nen sus ideas al bienestar y á la gloria de su patria; todos caben y pueden estar bien bajo el estandarte nacional que Comonfort lleva en sus manos. Los únicos para quienes no hay lugar allí, son los que quieren arrojar la libertad en brazos del despotismo para que la ahogue, ó la envían por todas partes, coronada de serpientes como las Furias, para que el mundo la aborrezca.

Dice un gran publicista que si los partidos pudieran hablar tranquilamente unos con otros para comunicarse sus doctrinas y descubrirse sus intenciones, llegarían á entenderse y á reconciliarse. Esta observacion debe ser exacta, porque sin perjuicio de que la verdad sea una, puede afirmarse que hay siempre muchos puntos de contacto entre las doctrinas políticas, por mas opuestas y divergentes que parezcan. Si en alguna parte se puede realizar este fenómeno, en ninguna mejor que en México, donde la tolerancia está en el fondo de las costumbres, donde la dulzura de carácter templada el rencor de los partidos, donde los errores de la inteligencia están sometidos á los sentimientos del corazón: y si alguna vez ha sido posible aquí, nunca mas que en la ocasion presente, en que la inteligencia y el valor están en el poder, y con el poder está la libertad, y con la libertad está el orden; ideas que fueron siempre hermanas, y que han convertido tantas

veces en enemigas los espíritus menguados ó turbulentos que no saben mandar sin oprimir ni obedecer sin conspirar.

Los hombres del pasado y los hombres del porvenir, los hombres de la tradicion y los hombres de la reforma, los amigos del orden y los amigos de la libertad; todos están fatigados de luchas estériles, todos se horrorizan con el recuerdo de la sangre que se ha vertido; todos desean, aunque no lo digan, abrazarse como hermanos en los altares de la patria. Y todos deben á Comonfort la conservacion de sus principios: los unos le deben la libertad, porque él rompió con su espada las cadenas que los oprimian; los otros le deben el orden, porque él calmó con su prudencia las pasiones alborotadas. Si arrastrados todos por aquellos amargos recuerdos y por esta justa gratitud, se agrupáran en torno del hombre para ventilar pacíficamente sus diferencias y explicar sus miras, el hombre podría consumir su obra de reparacion, y la discordia huiría espantada de este suelo, donde ha derramado tantas desolaciones.

Los hombres de la tradicion confesarían que el progreso es una ley universal, que esta ley se observa en todas las vicisitudes de la historia, que la inmovilidad política es imposible; y dirían con una de las mas hermosas celebridades de su partido: "Respete-

mos la majestad del tiempo; contemplemos con veneracion los pasados siglos, consagrados por la memoria y los vestigios de nuestros padres: pero no queramos retrogradar hácia ellos, porque ya no tienen nada de nuestra naturaleza real, y si pretendiéramos cojerlos, se desvanecerian." 16

Los hombres de la reforma confesarían, que lo presente está unido á lo pasado, como se unirá á lo futuro; que la marcha de las sociedades debe ser espontánea y no violenta; que deben respetarse las creencias y las tradiciones de los pueblos; que es preciso aprender las lecciones de lo pasado para no avanzar sin luz por las sendas del porvenir: y dirían también con uno de los mas eminentes escritores de su escuela: "El primero de los deberes que tienen los directores de la sociedad en nuestros dias, es adaptar su gobierno (el de la democracia) á los tiempos y á las costumbres, y modificarle segun las circunstancias y los hombres.—Abandonando el estado social de nuestros abuelos, y arrojando en monton detrás de nosotros, sus instituciones, sus ideas y sus costumbres, ¿qué las hemos reemplazado?—Hemos abandonado lo que el estado antiguo podia presentar de bueno, sin adquirir lo que el estado nuevo puede ofrecer de útil.—No se puede establecer el reinado de la libertad sin

el de las costumbres, ni hay fundamento para las costumbres sin las creencias.—Cuando lo pasado no alumbrá el porvenir, el espíritu marcha en medio de tinieblas.—No debemos empeñarnos en parecernos á nuestros padres, sino esforzarnos por alcanzar la especie de grandeza y de ventura que nos es propia.—La Providencia no ha hecho á la humanidad ni del todo independiente ni del todo esclava; para cada hombre ha trazado un círculo fatal, del que no puede salir, es cierto, pero en sus vastos límites el hombre es libre y poderoso: lo mismo son los pueblos.—Las naciones modernas no pueden impedir que en su seno las condiciones sean iguales; pero de ellas depende que la igualdad las conduzca á la servidumbre ó á la libertad, á la luz ó á la barbarie, á la prosperidad ó á la miseria." 17

Los hombres de la tradicion y los hombres de la reforma se estrecharían entonces la mano, y confesarían todos juntos que la ley del progreso se revela en la naturaleza del hombre, se verifica en la historia de las sociedades, se cumple invariablemente en la marcha de la civilizacion, y es una ley providencial; verían que el espíritu de Dios, luchando siempre con el espíritu de las tinieblas, marcha delante de la humanidad, como la nube que guiaba á los israelitas en el

desierto; y dirian con otra grande ilustracion de la época presente: "La humanidad marcha con pasos de gigante en la carrera de la emancipacion; la Providencia la conduce. La humanidad es el Ulises de Homero, llevado por la mano de Minerva al través de los mares borrascosos. ¿Qué pueden contra el destino los sofistas? ¿Qué pueden contra la libertad los aduladores de los pueblos ni los aduladores de los reyes? Si las sociedades en su infancia tuvieron que refugiarse en el seno de la tiranía para conservar su mísera existencia, las sociedades adultas y civilizadas pueden marchar por sí solas sin necesidad de los tiranos.—Y cuando la humanidad ha quebrantado ya todos los yugos.... cuando no tiene una fibra que no resuene con una vibracion dolorosa al recuerdo de sus penosos combates, de sus largos infortunios;..... ¿hay quién se atreva á aconsejarla que vuelva á recorrer los mares enemigos que presenciaron sus naufragios.....? No: mas bello es su destino, mas ancho su horizonte, mas grande su porvenir. La inteligencia emancipada ya, brilla con todo su esplendor en el horizonte de los pueblos: ella, y ella solamente, conducirá á las sociedades humanas. Aun tiene que combatir con rudos y temibles adversarios; pero no desmayemos, porque si el cielo ha concedido á sus contrarios el combate, les ha negado la victoria." 18

18 DONOSO CORTES.

Entonces dejará de haber partidarios en México, y no habrá mas que mexicanos, unidos por un mismo sentimiento, marchando juntos por una misma senda, cobijados todos á la sombra de un solo estandarte; mexicanos que dirán á una voz: marchemos adelante, pero respetemos las tradiciones que son nuestra gloria; veneremos la memoria de nuestros padres, pero no pongamos obstáculos á la ley universal del progreso: saquemos del pasado lecciones provechosas para el porvenir; y en ese porvenir tendremos paz, justicia y libertad.

Y el hombre que haga esto, después de haber salvado al pueblo del despotismo, á la libertad de sí misma, y á su patria de la reacción, será un hombre lleno de gloria en los anales de México, y merecerá que sus compatriotas digan de él: fue el mas justo, el mas piadoso y el mas esforzado de cuantos nos dieron leyes, y estuvieron al frente de nuestros destinos.

19

quo justior alter
nec pietate fuit nec bello major et armis.
VIRG. *Eneid.* LIB. I.